

UNA VISION PERSONAL De ERNESTO SABATO

Transcripción de video, de la conferencia dictada por el Maestro Ernesto Sábato desde Buenos Aires (Argentina) invitado por la Universidad de Monterrey, México, para Universidad Virtual en Septiembre de 1999.

Las personas que realizan este importante evento me han pedido que les hable sobre la ciencia y la literatura; muchos de ustedes sabrán que a lo largo de mi vida he atravesado por estos dos extremos: el lado diurno y claro de la razón, y el oscuro del pathos, la inconciencia, los sueños, donde para mí se generan las grandes obras de arte. Si puedo hablar con fundamento, es porque he conocido a fondo estos dos mundos antagónicos, pero sobre todo, he aceptado de muy buen gusto tener este encuentro, porque cuando se ha adquirido la sabiduría que otorgan los años se pueden decir ciertas cosas que servirán a quienes se plantean grandes interrogantes, acerca de la existencia, decisivos para el rumbo que tomarán sus vidas.

En general se desea lo que no se tiene, y el dolor interior que sufrí a lo largo de mi vida, fue la causa de que me precipitara (esa es la palabra exacta), en dos épocas muy difíciles, cruciales de mi vida, en las matemáticas: la primera vez fue cuando terminé la escuela primaria. Mis padres me enviaron desde mi

pueblo natal a una ciudad grande. A mí me parecía en aquel momento, enorme, aunque era una ciudad que sólo contaba con doscientos mil habitantes: la Plata. Yo tenía que seguir allí mis estudios secundarios lejos de mi madre, rodeado por muchachos que se conocían entre sí, muchachos de ciudad que a mí, medio campesino, me parecían brillantes, que me trataban con cierta superioridad irónica. En mis recuerdos, aquella es una época muy triste; yo era muy introvertido, casi patológicamente; sufría alucinaciones y mi interior era un tumulto, un caos, disimulado por mi timidez. Al encontrarme en un mundo tan duro se agravaron mis males hasta un grado muy difícil de imaginar, y durante un año entero lo pasé muy solo y desdichado; en aquel entonces tenía unos trece años. Descubrí el mundo matemático. Todavía hoy recuerdo el éxtasis (así debo llamarlo), que sentí cuando pude hacer la primera demostración de un teorema: todo el orden, toda la pureza, todo el rigor que faltaba en el mundo adolescente y que anhelaba con tanta desesperación, se me manifestaba ahí, en la claridad transparente de las formas geométricas, en ese universo platónico que había fascinado a Sócrates y a sus discípulos. La primera vez, aunque inconscientemente, me sentí disputado por dos fuerzas opuestas: una me arrastraba hacia un abismo oscuro; la otra, me buscaba para rescatarme con los poderes de la luz, el orden.



Eso se repitió a través de mi vida, también en otro momento de caos y de desesperación. Y otra vez me acerqué a las matemáticas, debería decir mejor: corrí, me arrojé en las matemáticas, entre los años 1930 y 35, más o menos, también era una época muy difícil para la Argentina, pues en 1930 sufrió su primer golpe militar. Así ingresé en el movimiento revolucionario: primero, en el movimiento anarquista y luego, en el de los comunistas. Fue un proceso muy complicado, a la vez espiritual, filosófico, también psicológico. En el 35 fui enviado a Bruselas a un congreso comunista; ya entonces entré en la crisis. Mis ideas estaban totalmente revueltas. Nada me parecía claro ni convincente. Al lado del problema filosófico del materialismo dialéctico, se me aparecían los problemas políticos de un

régimen totalitario como el estalinista. Todo eso me disuadió de seguir con el viaje que tenía previsto para ir a Rusia, pero, en vez de ese fui a París, naturalmente, sin autorización de mis superiores.

Comenzó entonces una época difícil: sin dinero, sin amigos, sin ánimo. Tuve que atravesar una crisis tremenda que fue decisiva en mi vida posterior. En aquel momento volví otra vez al mundo de las matemáticas y recuerdo que robé un libro de análisis matemático de la Librería Giber, de París, del profesor Borel. Volví al cuarto de un amigo donde podía dormir, la ventana daba a un parque y a la luz de esa

pequeña lámpara empecé otra vez a estudiar matemáticas.

Les puedo asegurar que pocas veces en mi vida he sentido tal paz interior, un sosiego tan hermoso, como cuando me sumergí en los primeros teoremas. Si bien es verdad que entré por motivos espirituales y finalicé mi doctorado en ciencias físico-matemáticas, también las abandoné por motivaciones semejantes. No me bastaba ese universo abstracto; no era eso lo que podía calmar mi inquietud. Comenzaba a sentir la necesidad de algo

menos perfecto, pero más profundamente adherido a la vida. Antiguas fuerzas, en algún oscuro recinto, preparaban la alquimia que me alejaría para siempre del incontaminado reino de la ciencia. Mientras los creyentes en la solemnidad de los templos musitaba sus oraciones, ratas hambrientas devoraban ansiosamente los pilares, derribando la catedral de teoremas. Había dado comienzo a la crisis que me alejaría de la ciencia, porque mi espíritu se ha regido siempre por un movimiento pendular de alternancia entre la luz y las tinieblas, entre el orden y el caos, de lo apolíneo a lo dionisiaco. En medio de ese carácter desdichado, mi espíritu se encontraba ahora asorado entre las formas extremas del racionalismo, que son las matemáticas, y la más dramática y violenta forma de la irracionalidad. Muchos con perplejidad me han preguntado cómo es posible, que habiendo hecho el doctorado en Ciencias Físico

Matemáticas, me haya ocupado luego de cosas tan dispares como las novelas con ficciones demenciales, como «El Informe sobre Ciegos».

Y finalmente esos cuadros terribles que me surgen del inconsciente en la mayor parte de los casos, sobre todo en este período de mi existencia. Me es imposible explicar a los que me interrogan qué quise decir o que representan. Es lo mismo que uno se pregunta cuando ha despertado de un sueño, sobre todo de una pesadilla. Tanta es su ilogicidad, sus contradicciones. Pero de un sueño se puede decir cualquier cosa, menos que sea una mentira. Es lo que todos los hombres hacen con su doble existencia: la diurna y la nocturna. Un pobre oficinista sueña de noche con asesinar a puñaladas al jefe y durante el día lo saluda respetuosamente.



El ser humano es esencialmente contradictorio, y hasta el propio Descartes, piedra angular del racionalismo, creó los principios de su teoría a partir de tres sueños que tuvo, lindo comienzo para un defensor de la razón.

Algo parecido es el caso del desdichado Isidore Ducase, uno de los patronos del surrealismo, que en uno de sus primeros cantos, ya convertido, quien sabe por qué irónico impulso, en el conde Lautremont, hace elogio de las matemáticas a las que se acercó con indiferencia o quizá con desprecio. Dice: «Oh matemática seve-

ra, yo no te olvidé desde que tus sabias lecciones, más dulces que la miel, se filtraron en mi corazón como una onda refrescante. Yo aspiraba instintivamente desde la cuna a beber de su fuente, más antigua que el sol, y aún continuo recordando como osé pisar el atrio sagrado de tu solemne templo, yo, el mas fiel de tus iniciados».

Son muchos los que en medio del tumulto interior, buscaron el resplandor de un paraíso secreto. Lo mismo hicieron románticos como Novalis, endemoniados como el ingeniero Dostoievski y tantos otros que estaban destinados finalmente al arte. A mí como a ellos, la literatura me permitió expresar horribles y contradictorias manifestaciones de mi alma, que ese oscuro territorio ambiguo -pero siempre verdadero- se pelean como enemigos mortales; visiones que luego expresé en novelas, que me representan en sus parcialidades o extremos a menudo deshonorosas y hasta detestables, pero que también me traicionan, yendo más lejos de lo que mi conciencia me reprocha; y ahora, desde que mi vista deteriorada me ha impedido leer y escribir, he vuelto al final de mi existencia, a aquella loca pasión; la pintura, lo que probaría, me parece, que el destino siempre nos conduce a lo que teníamos que ser.

En 1951 publiqué «Hombres y Engranajes». Desgraciadamente se ha cumplido

aquella intuición por la que recibí tal cantidad de críticas por parte de los famosos progresistas, que durante diez años me quitaron los deseos de volver a publicar nada. Mas de cuarenta años han pasado desde la aparición de aquel balance espiritual de mi existencia, escrito en medio de las grandes convulsiones del mundo. Ahora, gran parte de lo que allí expuse es una escalofriante realidad. Muchos de los que entonces me atacaron y me ridiculizaron, acusándome de oscurantista, recién están

comprendiendo el mundo atroz que hemos engendrado. Allí expuse mi desconfianza y mi preocupación por el mundo tecnócrata y cientificista; por esa concepción del ser humano y de la existencia que empezó a sobrevalorarse cuando el semidios renacentista, se lanzó con euforia hacia la conquista del universo, cuando la angustia metafísica y religiosa fue

reemplazada por la eficacia, la precisión y el saber técnico. Aquel irrefrenable proceso acabó en la terrible paradoja: la deshumanización de la humanidad. En ese libro, hace más de medio siglo, escribí: «esta paradoja cuyas últimas y más trágicas consecuencias padecemos en la actualidad, fue el resultado de dos fuerzas dinámicas y amorales: el dinero y la razón. Con ellas el hombre conquistó el poder secular, pero - y allí está la raíz de la paradoja- esa conquista se hace mediante la abstracción, desde el lingote de oro hasta el clearing, desde la palanca hasta el logaritmo. La historia del creciente domi-



nio del hombre sobre el universo ha sido también la historia de las sucesivas abstracciones. El capitalismo moderno y la ciencia positiva son las dos caras de la misma realidad desposeída de atributos concretos, de una abstracta fantasmagoría de la que también forma parte el hombre; pero no ya el hombre concreto e individual, sino el hombre masa, ese extraño ser con aspecto todavía humano, con ojos y llanto voz y emociones, pero en verdad, engranaje de una gigantesca maquinaria anónima. Este es el destino contradictorio de aquel semidios renacentista que reivindicó su individualidad, que orgullosamente se levantó contra Dios proclamando su voluntad de dominio y transformación de las cosas. Ignoraba que también llegaría a transformarse en cosa.

El dinero y la razón otorgaron el poder secular al hombre, no a pesar de la

abstracción sino gracias a ella. La idea de que el poder está unido a la fuerza física y a la materia, es la creencia de las personas sin imaginación. Para ellos una cachiporra es más eficaz que un logaritmo, un lingote de oro es más valioso que una letra de cambio; pero la verdad es que el imperio del hombre se multiplicó desde el momento en que comenzó a reemplazar las cachiporras por los logaritmos, y los lingotes de oro por letras de cambio. Una ley científica aumenta su dominio al abarcar mas hechos, al generalizarse, pero al generalizarse se hace más abstracta, porque lo concreto se pierde con lo particular. La

teoría de Einstein es más poderosa que la de Newton porque rige sobre un territorio más vasto, pero por eso mismo es más abstracto.

Sobre el hallazgo de Newton todavía se pueden referir anécdotas con manzanas, aunque sean apócrifas; sobre el de Einstein nada puede decir el pueblo, pues sus tensores y geodésicas ya están demasiado lejos de sus intuiciones concretas; apenas puede ocuparse del violín de su autor,

el de su melena (quiero decir el de Einstein, claro). Lo mismo con la economía: a medida que el capitalismo se desarrolló, sus instrumentos se hacen más pujantes, pero más abstractos. La potencia de un bolsista que especula con un cereal que jamás ha visto, es infinitamente más grande que la del campesino que lo cosechó.

No debe sorprendernos

que el capitalismo esté vinculado a la abstracción, porque no nace de la industria sino del comercio; no del artesano que es rutinario, realista, estático, sino del mercader aventurero, que es imaginativo y dinámico. La industria produce cosas concretas. El comercio intercambia esas cosas y el intercambio tiene siempre en germen la abstracción, ya que es una especie de ejercicio metafórico que tiende a la identificación de entes distintos, mediante el despojo de sus atributos concretos. El hombre que cambia una oveja por un saco de harina realiza un ejercicio sumamente abstracto, no importa que las necesidades



físicas que lo llevan a ejercer este intercambio sean concretas como el hambre, la sed o la necesidad de procrear. Por lo decisivo es que ese intercambio solo es posible merced a un acto de abstracción, a una especie de igualdad matemática entre una oveja y un saco de harina, y ambos objetos se intercambian, no a pesar de sus diferencias, sino a causa de ellas.

Los logaritmos, en fin, terminan por imponerse sobre la cachiporra, lo abstracto concluye por dominar lo concreto. No fueron las máquinas quienes desencadenaron el poder capitalista, sino el capitalismo financiero que sometió la industria a su poderío.

Frente a la infinita riqueza del mundo material, los fundadores de la ciencia positiva seleccionaron los atributos cuantificables: la masa, el peso, la forma geométrica, la posición y la velocidad, y llegaron al convencimiento de que la naturaleza estaba escrita en caracteres matemáticos, cuando lo que está escrito en caracteres matemáticos no era la naturaleza, sino la estructura matemática de la naturaleza; perogrullada tan ingeniosa, como la de afirmar que el esqueleto de los animales tiene siempre caracteres esqueléticos. No era pues la infinitamente rica naturaleza la que expresaban esos científicos con el lenguaje matemático, sino apenas un fantasma, su fantasma pitagórico. Lo que conocíamos, así, de la realidad era más o menos como lo que un habitante de París puede llegar a conocer de Buenos Aires

examinando su vía, su cartografía y su guía telefónica, o más exactamente, lo que un sordo de nacimiento puede intuir de una sonata examinando sus partituras. La raíz de esta falacia reside en que nuestra civilización está dominada por la cantidad, y ha terminado por parecernos que lo único real es lo cuantificable, siendo lo demás pura y engañosa ilusión de nuestros sentidos. Un ejemplo típico de este proceso mental lo constituye el principio de inercia intuido por Leonardo, y descubierto o inventado por Galileo: si se arroja una bolita sobre



una mesa horizontal con cierto impulso, la bolita se mueve durante cierto tiempo, hasta detenerse a causa del roce. Galileo concluye: en una mesa infinitamente extensa y pulida desprovista de roces, el movimiento perduraría por toda la eternidad. Esta es una muestra de como los científicos son capaces de entregarse a la imaginación más

desenfrenada, en lugar de atenerse, como pretenden, a los hechos. Los hechos indican, modestamente, que el movimiento de la esferita cesa, tarde o temprano, pero el científico no se arredra y declara que esta detención se debe a la desagradable tendencia de la naturaleza a no ser platónica. Pero como la ley matemática confiere poder y como el hombre tiende a confundir la verdad con el poder, todos creyeron que las matemáticas tenían la clave de la realidad. Y los adoraron, tanto más cuanto menos lo entendieron.

Todos estos problemas que desarrollé a

fondo en mi libro «Hombres y Engranajes» no fueron pensamientos improvisados, sino avalados por grandes pensadores existenciales, por espíritus profundos y visionarios como Pascal, Buber, Berdiaef, Nietzsche, Unamuno, Jaspers, Schopenhauer, Emerson, Thorpe muy importantes en mi formación fueron: Dostoevski, con su trascendental subsuelo, y Kierkegard, que había colocado sus bombas en los cimientos de la catedral hegeliana. La prensa de su país, los luteranos, lo caricaturizaron barbaramente; justo a él, que era una especie de Cristo redivivo. En cuanto a los que podría llamar fundamentos sociológicos e históricos, fueron de gran valor los estudios de Mumford, Denis de Rougement, Pirenne, Von Martin y tantos otros, que como profetas en el desierto, anunciaron la tragedia que se avecinaba.



Cuando los motores de la revolución industrial se pusieron en movimiento, el hombre se vio trágicamente desplazado, pero también aumentó la resistencia de espíritus lúcidos, que encarnaron valiente y tumultuosamente la rebelión romántica; grandes poetas y pensadores de aquel movimiento advirtieron las consecuencias que ocasionaría la desacralización del cosmos y del ser humano. Muchos fueron calumniados, empujados al alcohol o hacia un triste exilio, como le ocurrió al genial Schelling, que en unos versos había vaticinado: «Un pueblo muere de hambre en campos no labrados». Aque-

llas advertencias no solamente no fueron escuchadas, sino que además, fueron burladas por la prepotencia racionalista: guerras mundiales, terribles dictaduras de izquierda y de derecha, suicidios en masa, resurgimiento neonazista, aumento de la criminalidad infantil, profunda depresión. Todo corrobora: al interior de los tiempos modernos, fervorosamente alabados, se estaba gestando un monstruo de tres cabezas: el racionalismo, el materialismo y el individualismo. Y esa criatura que con orgullo hemos ayudado a engendrar, ha comenzado a devorarse a sí misma.

Hoy no sólo padecemos la crisis del sistema capitalista, sino de toda una concepción del mundo y de la vida, basada en la deificación de la técnica y la explotación del hombre. La materialización del universo, legítima para los poliedros y las

reacciones químicas, ha sido dramática para la futura supervivencia del hombre. Enloquecidos por ser aceptados por el hiperdesarrollo, hemos cometido el gravísimo error de perder nuestro ser original, imitando a los imperios de la máquina y de ese delirio tecnológico. Una vez que el logos se tecnificó, el proceso de industrialización y mecanización ha sido paralelo al perfeccionamiento de los medios de tortura y exterminio. El terrorismo internacional, el horror de Bosnia, el recrudecimiento de los conflictos de medio oriente, y esas heridas sobre la carne del mundo que son las calles de Calcuta, confirman,

que Hanna Harendt tenía razón al afirmar, ya en los años cincuenta, que la crueldad de este siglo sería insuperable.

Hace escasos años dos potencias se disputaban el mundo. Fracasado el comunismo, se difundió la falacia de que la única alternativa era el neoliberalismo. En realidad es una afirmación criminal, porque es como si en un mundo en que solo hubiese lobos y corderos, nos dijeran: libertad para todos, y que los lobos se coman a los corderos. Se habla de los logros de este sistema, cuyo único milagro ha sido el de concentrar en una quinta parte de la población mundial, mas del ochenta por ciento de la riqueza, mientras el resto, la mayor parte del planeta, muere de hambre en la más sórdida de las miserias. Habría que plantearse qué se entiende por neoliberalismo, porque en realidad, nada tiene que ver con la libertad. Al contrario, gracias al inmenso

poder financiero, con los recursos de la propaganda y las tenazas económicas, los estados poderosos se disputan el dominio del planeta. El absolutismo económico se erigió en el poder, déspota, invisible, controla con sus órdenes la dictadura del hambre, la que ya no respeta ideologías ni banderas, y acaba por igual con hombres y mujeres, con los proyectos de los jóvenes y el descanso de nuestros ancianos

Cuando el hombre era una integridad, y no una colección de miembros arrancados, la poesía y el pensamiento consti-

tuían una sola y misma manifestación del espíritu. Bien dijo Jaspers: «desde la magia de las palabras rituales, hasta la representación de las festividades, pasando por las invocaciones y plegarias, la poesía pertenecía indivisiblemente a todo el ser humano. Y la primera filosofía, la primigenita indagación del cosmos, aquella aurora del conocimiento manifestada en los pensadores presocráticos, ¿qué es sino una bella y profunda expresión de la actividad poética?». De modo que el arte está llamado a cumplir con la salvación del hombre, si esto es todavía hoy posible.



La literatura no es ajena a este gran propósito, porque si el pensamiento abstracto terminó por convertir al hombre en una entelequia, la novela tuvo al hombre concreto, invariablemente, como su protagonista. Por eso no es excesivo decir que la literatura latinoamericana no sólo

es el testimonio profundo de nuestra realidad, de nuestro drama y de nuestras esperanzas, sino que también nos ofrece el camino de nuestra salvación.

Ustedes tal vez puedan decirme que este es un propósito demasiado grandioso, pero la gran literatura siempre tuvo ese propósito; recordemos si no aquello que sostenía Jaspers sobre los trágicos griegos, cuando los consideraba educadores de su pueblo, no en el sentido escolar, -claro- sino en el sentido espiritual y metafísico de la expresión.

Vivimos el momento en que es necesaria una nueva síntesis. El que no comprenda esta necesidad no podrá comprender a fondo los problemas del hombre de nuestra época.

Para terminar, quiero agradecerles el trabajo que han estado haciendo en torno a mi obra. Me reconforta pensar que algo de ella perdurará en el alma de los jóvenes de nuestra América.

Muchas gracias.

ERNESTO SABATO